

Turbada

Sergio Rodríguez Nápoles



Turbada
Serona

Capítulo 1

I

Exhausta de los estupros rentados por su madre, Anita Ledezma, quinceañera profana, determinó fenecer a las coacciones de su progenitora y que cada fin de semana, en especial, los sábados nocturnos, se perpetraban con la visita de "don Juan carnitas" en el domicilio donde ella reside.

Don Juan Acevedo, había ganado su apodo "carnitas", no por las múltiples carnicerías del que era propietario y le ofrecía una buena vida, sino de su porcina figura y su ignorado conocimiento de la pulcritud; de arreboladas mejillas y espeso bigote; y poseedor de un aroma nauseabundo que se difunde y hace honor a su oficio. Dos años atrás había conocido a Estela Jaramillo de Ledezma, en el mercado Hidalgo y desde entonces, es cliente predilecta.

Anita Ledezma, como toda buena hija, acompañaba a su madre a realizar las compras del mandado semanal, en los días que descansaba del horario académico. Para último, cuando venían atiborradas de bolsas de frutas, verduras y, algunas veces, de pan y legumbres y uno que otro gustito, llegaban por la carne con don Juan carnitas, quien le tenía ya listo el pedido e incluso, con bolsas demás, añadido como detalle de su aparente generosidad. Anita Ledezma no se percataba del delicamiento.

—Muchas gracias don Juan —reverenciaba doña Estela Jaramillo con una sonrisa casquivana, sin exhibir ante los compradores que era congraciada.

En un inicio de lo que parecía ser una bonita amistad, doña Estela Jaramillo, supuso por los incesantes detalles, que no fallaban, que don Juan Acevedo pretendía persuadirla a una aventura extramarital. Viuda o dejada de Felipe Ledezma, al que desde hacía cuatro años, cuando Anita Ledezma se acercaba a su novenario, se perdió pista de él mientras realizaba el sueño americano. Desde ese momento, pululan enjambres de versaciones de diferentes especies: "ha encontrado otra mujer y se olvidó de ustedes" la apremiaban sus hermanas; "ha sido presa del feroz desierto" suponían las comadres del mercado; o, "detrás de las rejas lo tienen" justificaban los amigos de Felipe Ledezma. Sin nadie que cubriera las necesidades de instinto femenino y más aún, la protección y el recurso económico —que carecía con bastante frecuencia —, que sólo provee el macho, no dudó en considerarlo. Conocía de sus potencialidades anatómicas y, confiada de sus cualidades femeninas, invitó a cenar a don Juan carnitas un dieciocho de junio, interponiendo de pretexto su

cumpleaños.

—No se hubiera molestado, seño... Muchas gracias, por ahí estaremos —desamoró afable don Juan Acevedo, que con gran dominio afilaba las hachuelas con la chaira después de terminar el día de labores.

Doña Estela Jaramillo, preparó un banquete pantagruélico dedicado a su prospecto, deduciendo, por lo que se veía, era de buen comer: una cazuela de arroz con salsa de tomate rojo, milanesa de res frita con salsa de cacahuete y papas guisadas con mantequilla, tortillas echadas a mano y queso fresco para acompañar la carne (platillo del que comerían los próximos tres días y sin agotarse). De postre, no faltaba la insignia comestible que representa el festejo: un pastel de tres leches bañado en chantillí, con fresas, duraznos en almíbar y cerezas de decoración. A Anita Ledezma le extrañaba la extravagancia gastronómica, pero no inquirió pues de sobra sabe, que esos manjares no son de todos los días.

Capítulo 2

II

Anita Ledezma, había arrumbado a su depauperada habitación arrellanándose en su colchoneta, saciada por gula y con su estómago contento que no tardó en sentir la pesadez de sus párpados. Pero la llegada inesperada de don Juan carnitas había desatado un sinfín de interrogantes: ¿por qué su madre había invitado precisamente a él?, ¿por qué no le bastó con su compañía, como cada año y como cada día?, ¿acaso había algo más entre ellos?...

Entre el sopor y la conciencia buscaba respuestas y escrutaba cada detalle acontecido minutos anteriores. Entendió desde el momento en que vio cruzar la puerta al carnicero, la razón del excéntrico banquete y el enmendamiento de su imagen: su madre irradiaba hermosura que casi olvidaba que la poseía. Ya no tenía los crespos castaños que a diario luce, sino lisos, de brillantina y no grasos; el paño había desaparecido de su blanca piel gracias a los hechizos cosmetológicos; y reapareció la magra figura –por años recelosa amagaba –, que resaltaban los atributos turgentes sobre el veraniego estampado en flores que, además, permitía asomar y dar respiro a las escuálidas extremidades.

Anita Ledezma no pudo ocultar el asombro al contemplarla; como tampoco pudo hacerlo al ver el gran recibimiento que ofreció en la llegada de don Juan carnitas a su casa.

—Pase, pase don Juan... entre. Está en su casa –efusiva invitó doña Estela Jaramillo.

—Sí, sí... gracias –accedió a pasar—. Señor, me permití traerle este regalito, espero no haiga ningún inconveniente –dijo don Juan Acevedo con su coloquial lenguaje, mostrando una bolsa blanca que transparentaba el contenido.

Un semblante lívido se formó en el rostro de doña Estela Jaramillo al reconocer lo que sostenía don Juan Acevedo en sus manos. Comentó, excusándose, que debido a la preparación de la cena, el aseo de la casa, suponía que algo se le había olvidado. No es que no haya recordado algo tan fundamental para un festejo; lo cierto es que el presupuesto no le alcanzó para comprar las bebidas.

Anita Ledezma rodó de un lado a otro de la dura colchoneta, al recordar la desagradable cena, erizando su cuero y sensaciones de náuseas que llegaron a intentos de arcadas provocadas por su delicadeza mujeril. No partía de su mente la imagen de don Juan carnitas (como ella lo conocía) devorando todo, rauda, de un solo bocado y con gran agitación

respiratoria: un glotón que hace merito a sus grandes curvas abdominales. Pero, el hecho que más repulsión le produjo, fue apreciar la exquisita comida, (que dejó de serla), en boca del carnicero. Era un parlante perico que no calló en toda la cena y exhibía sin triturar el alimento en su discurso sobre la calidad de las carnes que él vendía y las de su competencia, revelando así su educación silvestre. Doña Estela Jaramillo, lanzó con discreción miradas severas para apaciguar los ademanes involuntarios que espontáneamente relucían en el rostro de Anita Ledezma.

Desde el arribo de don Juan Acevedo hasta la aparición del pastel, donde se entonaron las tradicionales mañanitas, silente, Anita Ledezma se mantuvo. Clavadas dos velitas encendidas (mismas que se utilizaron en años anteriores) sobre el postre, doña Estela Jaramillo se disponía a pedir un deseo y a apagarlas con un fuerte soplido. Un efusivo "bravo" y palmadas calurosas se incorporaban al acto. Ambos estrecharon a la festejada brindándole las felicitaciones y los buenos deseos. «¡Que lo muerda, que lo muerda!» ovacionaba Anita Ledezma, seguido un «¡que lo parta, que lo parta!», peticiones no concedidas.

—Seño... pues es momento de darle bajín a esta botella para que empiece la verdadera celebración, ¿no? —propuso don Juan Acevedo, desenroscando la botella de tequila.

—Ay, don Juan... pero será sólo una, porque la verdad nunca he sido buena para eso del vino —expuso doña Estela Jaramillo, quien arribaba su vaso para que le sirviera la dosis de alcohol —. Ya. Ya, ya con eso —exclamó al ver que la cantidad de tequila se elevaba a niveles no soportados, o al menos, intentados por ella.

En años anteriores, cuando aún contaba con la presencia de Felipe Ledezma, doña Estela Jaramillo cada fin de semana, cuando su esposo regresaba de la jornada del campo, se embriagaba junto con él a grados desorbitados. Desde ese momento, no probó ninguna bebida alcohólica por falta de recursos y había perdido la costumbre.

A Anita Ledezma no le fue grato presenciar el acto. De pronto, realizó unos falsos bostezos y dijo que el sueño le ganaba, que prefería irse a dormir. A doña Estela Jaramillo le cayó de perlas la acción, así que no se opuso. Asintió y le deseó las buenas noches.

Entre gritos charros y cantos de gran resonancia empañaban la voz de Vicente Fernández que apenas era audible. El sueño era difícil de conciliar y Anita Ledezma comenzaba a ser presa de la insomne desesperación. Repentinamente, horas después, la música dejó de sonar. Los tacones de su madre se aproximaban a su habitación, Anita Ledezma supuso la razón de la visita; realizó una perfecta actuación de una estatua suya dormida. Doña Estela la llamó en dos ocasiones y por falta de

respuesta, abrió la puerta, que carece de cerradura, y asomó la vista para corroborar el descanso de su hija. Quizás de grande, Anita Ledezma deba ser actriz, su gran interpretación convenció a su madre sin vacilar.

Solidificada se mantuvo por algunos minutos en espera de un retorno. Pero ya el ruido, las voces y los tacones se habían extinguido, dejando consigo un denso silencio.

Capítulo 3

III

Es un sábado nocturno y, desde que la luz del sol atravesó su habitación hasta el ocaso, Anita Ledezma ha padecido y palidecido con resignada frustración la llegada del suplicio semanal. La costumbre no ha podido convencerla a pesar del eterno año que lleva sometida.

Se encuentra petrificada en el lecho funesto y abominable, en espera del sádico, que vendrá ávido a glotonear su carne fresca. Sabe que su madre no tarda en llamarla a cenar y, con violencia, prepararla removiendo la mugre y la sal que se impregna durante el día.

Escucha a doña Estela Jaramillo llamarla al comedor y pavorosa atiende al llamado.

-¡Ya cena! –ordenó su madre, quien solícita, cocina un platillo especial a don Juan Acevedo para que complacido vuelva a cenar.

La expresión adusta de su madre la enervó y como leal súbdita, obedeció.

Doña Estela Jaramillo, profirió de repente, lanzando improperios al aire por causa de unos bolillos que no recordó comprar. Irascible, salió de casa a la panadería, que se ubica a dos cuadras; no sin antes asegurar la puerta para que Anita Ledezma, por enésima ocasión, intente huir.

Lo que doña Estela Jaramillo ignora, es que Anita Ledezma descubrió semanas anteriores, donde oculta un duplicado de la llave, pero la falta de circunstancias favorables y de asilo empañaba su escape.

Los residuos de la ira se propagan en toda la casa en un eco tétrico y perceptible que desemboca la fobofobia. La anhelada oportunidad, obsequio del cielo, se presenta sin premeditación alguna y Anita Ledezma reconoce a la perfección, que los regalos de dios no se dejan pasar. Planeó minuciosamente cómo saldría de la asquerosa prisión y ejecutarlo era cuestión de segundos, tiempo suficiente para lograrlo antes del regreso de su madre.

Con impaciencia cuenta: uno, dos, tres... veinte, treinta, cincuenta... un minuto, (por si sucede un imprevisto regreso), y disparada sale a zancadas veloces a la habitación de su cruel progenitora, toma la llave furtiva que dentro de la almohada está, que tiritita agitada y por poco resbala de la palma de su mano. Pega una carrera maratónica hacia la puerta, quita seguro a la cerradura, no la abre, la deja incrustada y con elevada adrenalina esperanzadora continua el maratón hacia su patio trasero. Trepa como eximia escaladora un alto muro, cuidando no dejar

rastros de su fuga; llega a la cima, la escalera ya está esperándola, desciende y llega al patio trasero de doña Eustolia Gracián, su vecina. Quita la escalera con dificultad, pesada para una quinceañera, pero la sostiene agallada hasta el inservible aljibe destapado, cauta la deposita, pone la tapadera, encima una maseta: deshecho el cuerpo del delito.

Con exacerbada premura, toca la puerta a doña Eustolia Gracián. Vuelve a contar: uno, dos, tres...diez y la puerta se abre. De inmediato se adentra con una desmesurada frecuencia cardiaca, respiración asmática y una catarsis corporal incontrolable. Doña Eustolia Gracián se percata de la crisis, firme la toma de su mano y la conduce hasta su comedor. La sentó sin interrogar y un irónico bolillo asienta sobre sus sísmicos labios, según ella explica, le hace bien para sosearse.

-Tranquila. Ya pasó. Estás conmigo, estás a salvo –dice intentando apaciguar los nervios a Anita Ledezma, con ternura y remeciendo sus cabellos.

Pero Anita Ledezma no reacciona a los infructíferos intentos de sedación de doña Eustolia Gracián. Ocuparía más piezas de ironía y un largo periodo para reponerse.

Capítulo 4

IV

El tiempo incierto transcurre, lento, que aumenta sin compasión la angustia de Anita Ledezma. Temerosa, pero lista, para apreciar el efecto de su alivio. Ha estado bajo la atención platónica de Doña Eustolia Gracián (viuda confirmada, de pequeña estatura, níveos cabellos y de agrietada piel morena; momentánea salvadora y única amiga), que obsesa, consuela entre apapachos y palabras de aliento, mismas que provocan reacción en ella. Hasta que, unos respetuosos “toc, toc, toc” invocan desde la calle. Anita Ledezma inhala sorprendida, paralelo a unos ojos que están por rebosar de su rostro lívido, igual que el pánico es inocultable. Consabido por ambas, quién es la que demanda la aparición de doña Eustolia Gracián a su puerta, un reparo espontáneo y veloz, ejerce Anita Ledezma acompañado de espasmos que recorren todo su cuerpo y se mantienen en la resonancia de la invocación. Doña Eustolia Gracián, musita un “chis” colocando el índice sobre sus labios e indica con sus opacas pupilas pase a su habitación.

Ralentizadas en su avance para no propiciar sonido, llegan al ennegrecido y diminuto espacio, asfixiante para la crisis resurgida de Anita Ledezma, que se postra en la cama y con presión sujeta una almohada.

—Mijita, no pasa nada, ya tranquilízate ¿sale? No tardo. Espérame aquí. No hables, no llores, ni respire bien juerte... ¿entendido? —susurra con su particular estilo lingüístico doña Eustolia Gracián, abrigándose con un rebozo gris.

Imposibilitada a responder, la prófuga pasmada lleva la almohada a su cara y de los extremos cubre sus tímpanos, para aminorar la voz de su madre y sucumba ante la maquillada preocupación que expulsará de su boca.

Los “toc, toc, toc” se reiteran y, en manera que prosiguen, el respeto se pierde: más sonoros, más potentes, más inconsiderados. En camino al llamado, doña Eustolia Gracián responde lo más fuerte que puede (que no llega a altos decibeles): «voy, voy».

—¿Quién es? —pregunta doña Eustolia Gracián, enronqueciendo la voz.

—Soy yo, Estelita.

Abre la ventana indecisa que chirrea.

—Doña Tolla —como la conocen en el vecindario —. Disculpe que la despierte a estas horas, pero es que mi Anita ha salido de casa y no ha

regresado —mitómana, dice, doña Estela Jaramillo—. Y quería preguntarle si usted ha sabido de ella, la ha visto o algo... —continúa con certera preocupación.

—¡Ay, dios mío de mi vida! ¡Virgen santísima!, y como están las cosas de noche... Ay no, Estelita, no quiero ni imaginar —exclama, pomposa la protectora, persignándose y abriendo la puerta.

Doña Eustolia Gracián, niega haberla visto haciendo mención que la última vez que la vio, fue un día antes por la tarde, cuando regresaba de la escuela. Evita que su aplomo vacile y obsequie credibilidad en sus palabras. Con falsedad, metamorfosea su semblante, uniéndose, hipócrita, a la pena de doña Estela Jaramillo.

La estratagema da resultado. Doña Estela Jaramillo se despide sin sospechas, no sin antes solicitarle de favor, le informe si llega a saber algo de ella. Doña Eustolia Gracián afable asiente y acto seguido, se volatiliza por arte de magia detrás de su puerta.

Susto tremendo se lleva la protectora al toparse con la fantasmal silueta de la prófuga, que zozobrando en sus lágrimas, va dispuesta a entregarse.

Capítulo 5

V

Una arenga se suscita en el interior de la habitación de doña Eustolia Gracián, donde apenas es audible el zumbido de sus palabras al hablar, moscas que revolotean con letanía. Anita Ledezma apenas le es posible controlar el desbordamiento de ríos que se abaten sobre sus mejillas. ¿Cómo es posible que la asilada contempló la prodición hacia su cobijo; más toda vía despeñarse al sufrimiento? Lo cierto es que, aunque sarcástico, la crueldad a la que ha sido sometida lascivamente por su progenitora, aún se compadece de ella.

Doña Eustolia Gracián, después de persuadirla a no desechar la victoria obtenida, ha caído en un profundo letargo inducido. La prófuga silencia el llanto y se dispone a ir en búsqueda del sueño, un sueño requerido e imperante, al menos, por ese lapso, olvidar la tragedia de su vida. Los párpados pesados son insostenibles y a pesar de eso, le resulta imposible cerrarlos y dejarlos descansar; los sonoros ronquidos que se originan a su lado no es el obstáculo, sino su mente que no deja de lamentarse aliviada por el hecho. Comienza a imaginar a su madre con locura furibunda por saber de su paradero. Pero lo peor está por venir y Anita Ledezma haciendo memoria, que por poco es borrada, lo sabe: don Juan Acevedo no demora en asistir a su asidua visita semanal; y una vez conociendo la fuga de su víctima, la cólera lo poseerá porque ya no tendrá con quién vaciar sus necesidades. Lo que le depara a doña Estela Jaramillo, es la tormenta de posibilidades ignotas producto de su descuido, apuro que inquieta y entorpece a probar sueño.

Su corazón quiere echarse a correr, palpita al cien por cien plagado de espanto. Percibe el sonido motriz que, cada segundo que pasa, se hace más nítido y cercano. Se solidariza con su corazón a escurrirse y ocultarse en lo más recóndito que la oscuridad puede ofrecerle con una acre ingenuidad: bajo la corpulenta manta, en el fraudulento y mezquino espacio bajo la cama, en donde fuese que le obsequiara certitud de integridad: es una enraizada reacción sabatina; olvida que se encuentra fuera de riesgo.

El motor ha enmudecido de pronto. Estrecha con petición de amparo a doña Eustolia Gracián, que se reanima anestesiada de la pesada narcosis. Se percata del horror dominante de su protegida; el porqué, acaba de cerrar la puerta del siniestro vehículo y para ambas es diáfano el anuncio del azote.

-No pasa nada, mijita. Estás conmigo... mejor recemos –propuesta musitada de la adormecida doña Eustolia Gracián, respondiendo a los

brazos implorantes.

La voz de don Juan Acevedo estalló averiando el noctívago silencio, desencadenando furiosos bramidos patentes para todo el vecindario. Ocuparse del problema es la prioridad para el par de tratadores de blancas. Salen del sitio funesto con paso urgido; Doña Estela Jaramillo expulsando alaridos melancólicos (la preocupación radica no en la pérdida de su hija, sino en la ganancia monetaria y el futuro sin ella) y escucharlos, partía el corazón de Anita Ledezma.

Ambos suben al siniestro, no sin antes, don Juan Acevedo, lanzarle nubosas palabras:

-De una vez te digo que en donde la encuentre, ique se agarré!... esa mocosa me las va a pagar.

La lluvia cae, implacable, con majestuosos estallidos de rayos incidentes a sitios desconocidos e iluminando a destellos el refugio. Digno panorama para acompañar la aflicción de Anita Ledezma y que hace desorbitar sus nervios que ya descontrolados están. El incesante sonido del siniestro motriz, que iba y venía no le permite sucumbir al sueño. Así pasan las horas inquietas, bajo el yugo de lo incierto.

La bomba explota en la toda vía considerada prisión. Los gritos y fuertes golpes que se impactan contra los muros y el piso, son bombas que detonan en gritos coléricos y, a lo que las compinches suponen, que la desesperación alcanza niveles más elevados que la misma exacerbación, arrojan objetos y disputas angustiantes.

El motor se enciende. Señal de alivio. A los segundos desaparece el desdeñoso sonido, Anita Ledezma desea saber el estado en el que se madre se encuentra. No espera mucho, una ametrallada de "toc, toc, toc" reinvocaron poco antes de la alborada. Desde fuera se engendra la andanada estoica de doña Estela Jaramillo, que Doña Eustolia Gracián se rehúsa a entender. Cesaron posibles por la fatiga vocal, física y mental.

Anita Ledezma exhala, aire que descarga toda la angustia contenida por horas que se dispersa y disipa entre la oscuridad. Su cuerpo se suaviza, los párpados involuntarios se cierran y en su mente surge la pregunta de por cincuenta semanas viene realizando: ¿por qué, mamá?, ¿por qué?

Capítulo 6

VI

«Una fiesta sin alcohol, no es fiesta» frase dicha por don Juan carnitas cuando vaciaron la primera botella de tequila de la noche, y, en ausencia de materia prima y en busca de saciar su embriaguez y las intenciones viriles, propuso la adquisición de otra botella; casi un apremio oculto detrás de la actitud afable. Doña Estela Jaramillo comentó con su peculiar voz bochornosa la problemática que le impedía: «¡Ay, don Juan! Me da mucha pena... pero es que... dinero... todo me lo gasté en la cena». La promulgación quedó suspendida en el humeante espacio, dubitativa y muda, al son de los pestañeos incrédulos de don Juan Acevedo por un par de segundos.

Pese haber interpretado las tendenciosas intenciones, aquella ansiedad que le sonsacaba a embrutecerse le carcomía la boca que de amarga sed penaba. Se hizo el ofendido y respondió, figurando ser todo un caballero, con una amplia sonrisa atolondrada y alocada, que le ofendía, y por supuesto que él no le pedía nada y mucho menos por ser ella la festejada.

—¿A estas horas, don Juan? ¿Dónde encontraremos?

—Seño, usted no se preocupe por eso. Pues dónde más... En la única vinatería que tienen abierto las veinticuatro horas del día: con "el gallo".

—¿Y mi Anita?

Debido a una respuesta de contracción de hombros y arrugación de labios enmudecidos, doña Estela Jaramillo acudió a la habitación de su hija; llamó a la puerta un par de veces y ante una gran quietud que sobresalía del interior de la habitación, asomó la cara y corroboró el descanso.

Un santiamén de segundo bastó para que los planes de abandono de la austeridad se generaran en doña Estela Jaramillo. Para lograrlos, a cambio, gratis no hay nada. Tácitamente, conoce el precio de su abundancia, pero nada vale más que una buena vida (así lo pensó). Volvió su blancuzco rostro señalando con sus negras pupilas que saliera fuera de casa, direccionando a la puerta, a la calle; se quitó los tacones ruidosos y caminó a pasos reservados, pero ágiles.

Subieron a la carcacha de don Juan carnitas: camioneta de una sola cabina, de olvidado color enebro verde, con marcas de varicela descarapeladas en canela triturada, con redilas tubulares para el oficio.

Sin duda vetusta y maltratada que impedían el reconocimiento de la marca y el modelo. Honorable vehículo que conjuga con la personalidad de alguien como el carnicero.

—Ha de dispensar, señor, pero es que no he podido llevarla al lavado, pero siéntase a gusto —se excusó y con notoria impaciencia giro la llave para arrancar el motor.

El motor renuente, encendió hasta el cuarto intento. Tomó la larga palanca de velocidad e insertó el cambio. A un compás de un “run, run” escandaloso partieron.

Apenas avanzaron pocos metros, cuando las luces de la casa vecina se prendieron. Doña Estela Jaramillo se agachó y con urgencia sugirió apresurara el paso al carnicero chofer, para que no la vieran.

* * * * *

La vinatería “el gallo” estaba abarrotada de briagos; lugar de mala muerte y con fama no plausible para los decentes por el cúmulo de aseveraciones sobre la frecuencia de la mala vida: meretrices de ambos sexos e incluso, narcotráfico.

Doña Estela Jaramillo llegó aterrorizada entre un bullicio de mofa, los asistentes recibieron al reconocer a don Juan carnitas que, al parecer, era cliente frecuente del establecimiento. Cola de pavorreal presumía al cruzar por la multitud que los incrédulos haraganes, cuando avistaron a la fémina acompañante, arremetieron los chiflidos y rojos piropos.

Se esfumaron en medio de la bulla y por el incesante apremio de la festejada que se dedicó a disfrazar su identidad con la lobreguez de la noche, después de llenar los vasos. De repente, don Juan carnitas sacó de la guantera un casete, que al abrirla expidió un hedor a comida descompuesta que impregno el oxígeno; hizo sonorizarlo y, motivado por la música oferto a doña Estela Jaramillo pasear por el pueblo. Ella asintió grata, interponiendo la soledad de Anita Ledezma, por lo tanto, no deberían dilatar en regresar.

Sonaron los norteños linarenses, sonido sucio y deforme, que los altos decibeles hacían cimbrar los cristales de la cabina.

Anduvieron por las calles abruptas y nebulosas: la Argentina, seguida la Brasil, pasaron por las vías férreas y deambularon por la Mora. El ruido musical también retumbaba, a su paso, las ventanas de las viviendas que casi resquebrajaban y, un corto pero molesto zumbido se produjo en los tímpanos de doña Estela Jaramillo, que no tardaría en desvanecerse, por la anestesia obtenida al entrar en ambiente. Habiendo depositado la

conciencia en el alcohol, la preocupación maternal desapareció.

Capítulo 7

VII

Don Juan Acevedo bajo lúbricos comentarios, insinuó la siguiente parada; donde él puntual y sin falta, acude cada fin de semana a socializar con sus magistrales amigos: <<el panteón municipal>>.

El campo santo se ubica en la frontera del lugar de crecientes, colindando con el pequeño pueblo que tiene por nombre la advocación de la virgen <<concepción>>, perteneciendo a la entidad de los charros, el mariachi y el tequila.

Sobre las canastas de los pequeños árboles que rodean todo el perímetro del recinto, se reúnen meretrices sin identificación de género (una mancebia sin título), que irrumpen a los del descanso eterno con desmesurada incompreensión e irrespeto.

Arribaron entre canciones que sonsacan la avidez alcohólica, sin predominio y noción de entonación vocal, ritmo y armonía, expulsaban estridentes aullidos de sus pestilentes y pastosas bocas. Doña Estela Jaramillo, ya pasada de copas, mediante disfrazadas insinuaciones y envueltas de una cabal discreción, ofertó el hecho tan esperado, por el que noctívagos deambularon impacientes y aquietados por pudor; sin retorno a las funciones maternas desvanecidas por el efecto del exceso; olvidando la frase que se ufanaba de cumplir cuando la increpaban sobre su vida: <<antes de ser mujer, soy madre>>; y por las interesadas pretensiones.

Hambriento y con una excelsa experiencia en el medio, don Juan carnitas, directo y crudo, aventó el sable de la propuesta carnal. Sin pena y febril, doña Estela Jaramillo accedió sin vacilar, <<no fuese a resultar contraproducente si se hacía la difícil>>, pensamientos creados en su atolondrado caletre.

Se adentraron, sin venia, al cementerio; don Juan Acevedo guio el ingreso donde la malla, atrofiada de una esquina, abría un hueco y con facilidad cruzaron (sin duda, sabio de la topografía). Entre lápidas de mármol, cantera y, otras austeras: vestidas de concreto o ni siquiera enjarradas, se establecieron; mismas que desde algunas décadas han venido ejerciendo la función de lupanares.

La oscuridad de la noche obsequió un helor que a gritos rogaba ser aclimatado por el calor y, aprovechando el espacio sicalíptico, habitado de cuerpos inertes, encriptados e incapaces de interrumpir el hecho ardiente,

no tardo en consumarse.

Sometida por la anestesia corporal o, posiblemente, por el minúsculo animal erguido, imposibilitaron que ni cosquillas le engendrara. Apoyada sobre una alta marmorea y blancuzca lápida; propietario de nombre <<Rafael>>, de apellidos difusos e indivisibles, que pincelado sobre un libro del mismo material está escrito y que parece de reciente descanso, doña Estela Jaramillo se disculpó en su mente ante su memoria, excusándose entre falsos gemidos hiperbólicos de aparente placer, que todo lo hacía por su hija.

Una vez ejecutado el ayunto, no satisfecho, don Juan Acevedo determinó un sengundo acto sirviéndose de la oportunidad (que escasas se presentan), de contar con una dama que no fuera miembro de la farándula profanada y mucho menos la inversión monetaria que cada fin de semana propinaba, un manirroto cualquiera, que lo dejaba desfalcado por cubrir sus viriles necesidades.No tardaron en presentarse las fantasías indecorosas que ofreció deshinibido el apodado carnitas; doña Estela Jaramillo se oupuso rotunda a las felaciones por el maloliente sexo y sólo prestó la parte trasera, tal y como lo hizo en el primer acto, para englutir y saciar el apetito carnal de su carnicero.

* * * * *